



## DISCURSO IV

### *Fuerza de atracción que posee Jesucristo Sacramentado.*

*Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham  
ad me ipsum.*

Y si yo fuere elevado sobre la tierra atraeré todas  
las cosas á mi mismo.

JOAN. XII, 32.

1. Se había celebrado con la pompa y solemnidad que registran los evangelios la entrada del Salvador en Jerusalén. Momentos después, el cielo, por medio de hermosos resplandores y la audición de la misteriosa voz del Padre, quiso dar testimonio de que Jesucristo era Hijo de Dios. Aprovechándose el Redentor de estas circunstancias, que tanto le favorecían, pronunció enfáticamente entre otras la siguiente frase: «Si yo fuese alzado sobre la tierra atraeré todas las cosas á mí mismo.» Se refería, dice el evangelista, á la muerte de la cual debía morir.

Llegó ese momento crítico, extraordinario y providencial en que Jesucristo iba á ser alzado sobre la tierra, cosido su venerable cuerpo á un madero, é iba también á ejercer sobre todas las cosas poderoso influjo de atracción por el que el universo todo, no sólo debía dar testimonio público de su divinidad, sino que, llevado de la fuerza mágica del bri-

llante imán que se destacaba sobre la Cruz, iba á ser conducido á Él con dulce violencia.

2. Todo estaba preparado, y el sabio Creador de la naturaleza iba á bendecir las obras de sus manos en el momento mismo en que los hombres, porción más noble del universo, dominados de extraña ceguera, iban á crucificar infamemente á su Autor. Las criaturas todas no podían por menos de sentirse profundamente conmovidas. Jesucristo, en efecto, sube al madero santo, se abraza fuertemente con él, y vuelto, no sin misterio, el rostro á las muchedumbres, con los brazos extendidos en forma de cruz, envía su bendición divina al mundo, y el mundo se extremece. Entonces fué cuando el rey de los astros, mirando á su Criador exánime en un patíbulo, ocultó su bello rostro en el firmamento, sembrando por espacio de tres largas horas el universo de negras y espesas tinieblas; entonces fué cuando la luna, contemplando al Sol de las eternidades apagado, sintió que su luz se retiraba, y antes que asomarse fea en los balcones del espacio, echó negro crespón sobre su agraciado semblante; entonces fué cuando las rutilantes estrellas cubrieron sus bellas faces de vergüenza; entonces fué cuando la tierra, transida de dolor, sintió sobre sí horribles convulsiones, y las piedras dieron fuertes chasquidos unas contra otras, y los muertos quisieron escapar de sus sepulcros para recibir la vida, y el velo del templo se dividió perpendicularmente en dos partes; entonces fué cuando los mismos deicidas, movidos de superior impulso, se retiraban del Calvario aterrados, pálidos, fríos, y, golpeándose el pecho, sentían amargamente su pecado; entonces fué cuando uno de los ladrones crucificados con Jesús le reitera se sirva perdonar sus muchos crímenes; y el Centurión bajaba los peldaños del Gólgota repitiendo aturdido que el que de expirar acaba es en verdad Hijo de Dios; y el Areopagita, gentil todavía, lleno de asombro y de pavor, comprende que ó el mundo se acaba ó el Autor de la naturaleza padece.

3. Jesucristo había sido elevado sobre la tierra y todas las cosas habían sido también reducidas por Él. Pero debe-

mos fijarnos detenidamente en una palabra del texto bíblico citado y es que en el griego en lugar de escribirse *todas las cosas* se escribe *todos los hombres*, divergencia que llama la atención de un modo particular, pero que he creído necesario hacer constar para concluir que ambos textos á más de que pueden perfectamente conciliarse, los dos también, aunque más positivamente el griego, dan á conocer que Jesucristo, en el momento de ser alzado sobre la tierra, atrajo dulcemente todos los hombres y todas las cosas. Ahora bien; en aquel trágico instante fueron atraídos muy pocos hombres, por más que todas las cosas reconocieron el fallecimiento del Salvador; y si la palabra divina no puede faltar, y si había que cumplirse todo el citado texto á la letra, debía ser en Jesucristo Sacramentado, cuando en el sacrificio de la Santa Misa, exacta reproducción, mística y verdadera continuación del sacrificio de la Cruz, fuese elevado sobre el altar, que en este solemne acto es también cuando el Salvador reduce en general á todos los hombres y á todas las cosas.

Es nuestro deber estudiar, por consiguiente, la poderosa fuerza de atracción que ejerce Jesucristo Sacramentado 1.º sobre todos los hombres, 2.º sobre todas las cosas.—Veamos:

#### PARTE 1.ª

1. El hombre, en justo castigo de su primer crimen, fué condenado á vivir peregrino y errante por los tortuosos senderos de la vida. El que debía de haber puesto especial solicitud por acercarse al Ser que le criara, á fin de que le perdonase su pecado, hizo todo lo contrario; comenzó á alejarse de su Dios, y, desviado completamente de Él, precipitose de abismo en abismo hasta confundirse con el caos. Para el hombre no había salvación. El Dios de las misericordias, empero, determinó salvarle, resolución que había de costar por cierto al mismo Omnipotente poner en juego todas sus divinas perfecciones, ya que el hombre desconocía y hasta conculcaba la propia mano que le bendecía. Co-

menzó por querer atraerle dulcemente; mas he ahí que este negocio es exclusivo negocio del amor, que sabe cautivar-se los corazones aún los más empedernidos; y ahora se explica cómo en la muerte del Salvador no pudieron ser atraídos los hombres todos, pues aunque la crucifixión de Jesucristo fué efecto de un amor excesivo, inmenso, indecible, mas no se había expresado toda la infinidad del amor divino; y era, sí, era absolutamente necesario que el Hombre-Dios cifrase maravillosamente toda la rica mina del amor en una institución por demás bellísima, poderosísima y en extremo adecuada al fin que se proponía. Ésta fué la Divina Eucaristía, en la que, conteniéndose realmente el mismo Jesucristo, al ser presentado á los hombres, al ser alzado por ministerio de los sacerdotes sobre el altar, ejerciese sobre la humanidad influjo poderoso de atracción, de suerte que los hombres todos, y las criaturas todas, á la manera que las avejillas concurren al cebo puesto por diestro cazador, así corriesen las almas á Jesucristo Sacramentado para ser cazadas por Él en el cebo de su amor eucarístico y cogidas en las hermosas redes de su caridad inmensa.

5. Los mismos judíos, repugnantes seres que, ingratos á Jesucristo, cometieron el incalificable é inaudito deicidio, debían ser los primeros en experimentar la irresistible atracción de Jesucristo Sacramentado. Notad que son los más implacables enemigos del Redentor, y sin embargo, arrebatados el día de Pentecostés de la elocuencia sagrada de Pedro, elocuencia que procedía, no de los toscos labios, sino del corazón ferviente donde poco antes se albergara la divina Hostia, son movidos á convertirse en número de 3.000 á Jesús, que en efecto, son bautizados en su nombre. Y los prodigios se multiplican, y las conversiones se suceden. No son ya 8.000 solamente los que ha podido lucrar el Príncipe de los Apóstoles en solas dos solemnes ocasiones; son muchos miles los que por mediación del citado apóstol y de sus compañeros ha atraído á sí Jesucristo Sacramentado. Por eso el Areopagita representa al Sacramento del

amor como Inmaculado Cordero en medio del altar, recibiendo las reiteradas oblacones de los sacerdotes, las puras alabanzas del resto del clero, y las adoraciones profundas de un pueblo inmenso, que se agolpa ansioso en derredor del Sacramento. Y si es verdad que la parte oficial judaica levanta terrible persecución contra la Iglesia, y asimismo contra sus propios paisanos; y si es cierto que se les reduce á duras prisiones y á malos tratamientos, también es verdad, también es cierto que éstos perseveran con Jesucristo Sacramentado, y los que han podido escapar emigran á lejanas tierras para sembrar la palabra evangélica, para celebrar el santo Sacrificio, vida y consuelo de las almas, y para mostrar á los infieles el Divino Pan que les ha de llevar á sí para darles su substancia y hacerles felices.

Y, ¡quién lo creyera! El pueblo israelita, el más favorecido de Dios antes de la Nueva Ley y en los comienzos de la misma, no quiso en general seguir las pisadas de sus convertidos compatriotas que á Cristo en el Sacramento conducían; por el contrario, se alejaron de la fuente de la vida y cayeron en las inmundas cloacas de la muerte; tan cierto es que, como dice el profeta, los que se alejan del Señor perecerán (1). Y este fatal alejamiento, ¡doloroso es decirlo! ha declinado en un odio tan feroz contra Jesucristo, especialmente en el Misterio de su amor, que las historias, tanto eclesiásticas como civiles, nos muestran en sus irrefutables páginas la saña del israelita contra las sagradas Hostias, robadas á los templos y sacrificadas á su furor. ¡Ah! y este pueblo tan querido de Jesús, ¿se perderá? ¿No será el mismo Sacramento, como lo fué en los albores de la Iglesia, el que los lleve á sí con las áureas cadenas del amor? Felizmente esta Hostia sagrada, tan vilmente blasfemada y hollada por los hebreos, será la que, según la profecía de Joel (2) y el testimonio del Apóstol (3), ha de convertir en los últimos tiempos los rebeldes espíritus de

(1) Ps. 72, 27.

(2) Cap. II, 32.

(3) Ad Rom. XI, 26.

los israelitas y los ha de conducir al seno de la Iglesia. No por eso deja hoy de emplear Jesús su ministerio de irresistible atracción. Triunfo completo ha sido para Él la moderna conversión de Hermán Cohen, hebreo protervo, á quien desde la santa Hostia arrojó uno de los lazos de su amor que ató sin duda á Hermán y lo arrastró suavemente al sagrario para que se constituyera en ilustre fundador de la Adoración Nocturna á Jesús Sacramentado que tan excelentes frutos de piedad está produciendo.

6. Junto con la providencial atracción que el Dios de la Eucaristía ha practicado y practica en la raza proscrita, se halla la especial, la prodigiosa que ejerce y ha ejercido en el pueblo pagano. Aquel milagroso lienzo que en los aires vió S. Pedro, estando en Joppe, y que, descendiendo á la tierra, contenía toda suerte de animales, era la lección que Jesucristo daba al Príncipe de los Apóstoles, según la que debía recibir en el seno de la naciente Iglesia á toda suerte de hombres y mujeres que, convertidos, desearan ingresar. Es que los gentiles comenzaban á ser reducidos por Jesucristo á su fe y á su amor; y sería necesario recorrer minuciosamente el campo de las historias sagrada y eclesiástica para poder contar, para poder apreciar en su debido valor los repetidos y gloriosos triunfos de la Divina Eucaristía sobre los espíritus humanos. Aquel Dios Sacramentado, que diariamente los apóstoles elevaban sobre los altares y que muchas veces llevaban guardado en sus puras manos ó en su casto seno, ese mismo Dios es el que con ellos volaba rápidamente á las conquistas de la humanidad; y si los apóstoles oran, predicán, catequizan, bautizan y alzan sobre el ara la Hostia santa, Jesucristo es el que con ellos ora al Padre, arroja dardos de compunción á los corazones, tira hacia sí con las cuerdas de su bondad, convierte, salva y vuelve á ofrecerse en sacrificio por los hombres.

No; no es Jerusalén el exclusivo teatro de las maravillas divinas: lo son también Cesárea y Antioquía, Escitia y Tracia, Persia é Indias, Arabia y Armenia, Judea y Etiopía. No; no es sólo el Asia á donde el celo de Jesucristo corre, em-

briagando las almas en suaves dulzuras: es también la Europa objeto de sus misericordias; y Roma y España y las Islas Británicas contemplan como se hundan estrepitosamente los simulacros de los demonios con sus altares al ser alzado sobre las aras cristianas el Dios del Sacramento. No; no es sólo el Asia y la Europa las que, abandonando el culto de los dioses, adoran á Jesucristo Sacramentado: es también el África la que ha sido atraída por el Salvador; y Egipto y la Cirenáica, la Mauritania y la Libia ven á sus hijos correr presurosos hacia la Divina Hostia, á la manera que las pequeñas mariposas, siendo atraídas por la luz, vuelan incansables, agitándose gozosas en derredor suyo. No; no es sólo el Asia, la Europa y el África las conquistadas por Jesucristo: es también la América la que milagrosamente y antes que el mundo científico tuviera noticia de ella tomó parte en los triunfos del Salvador; y Meliapur patentiza notable monumento que enseña muy á las claras ser el apóstol Sto. Tomás quien evangelizó países tan remotos. No; no es sólo el Asia y Europa y el África y la América las que rindieron ópimos frutos de bendición divina: fué el mundo en general devuelto por Jesucristo al redil de su Padre; fué el mundo en general el que trocó los sacrificios, los altares, los sacerdotes, el dogma, la moral, la religión y la legislación pagana por la legislación, la religión, la moral, el dogma, el sacerdocio, el altar y el sacrificio cristiano-eucarístico. No digamos una palabra siquiera de las apostólicas excursiones de S. Pablo, animadas del fuego comunicado por el Sacramento del Altar que en brillantes resplandores se exteriorizaba en la celebración de las asambleas eucarísticas; ni de las misiones de S. Pedro particularmente en Roma, cabeza de la civilización gentilica y centro de la universal corrupción que cual inmensa ola de cieno inundaba los países á ella sometidos. Allí, debajo de la misma imperial ciudad existía un pueblo paciente, humilde y mortificado, cuya principal ocupación consistía en celebrar y asistir al Sacrificio de la Misa y participar con reverencia suma del Pan de los fuertes á fin de estar dispuesto para el martirio;

ese pueblo santo había sido pagano y Jesucristo le había atraído á su amor; el pueblo que sobre sus cabezas se revolvió en inmundo charco era todavía gentil; pero ese mismo Sacramento de caridad, oculto por entonces á sus miradas, debía ser el que de allí á poco le conduciría á la misericordia divina. Y lo que con ese pueblo romano, gentil por antonomasia aconteció, ha sucedido siempre que Jesucristo ha querido sacar á todo hombre pagano de las sombras de la muerte para devolverlo á las claridades de la vida cristiana. La Eucaristía es el verdadero misionero que habla por boca del sacerdote, y Ella es la salvadora, como es también el estímulo y la vida del sacerdocio católico, instrumento de la catequización y conversión de los pueblos.

3. Hay épocas en la historia humana en que la ira de un Dios justiciero se cierce implacable sobre una sociedad corrompida. El imperio de los Césares, convertido hacia poco menos de dos siglos al Dios verdadero, infamóse á sí propio; y el Eterno Señor, á quien aquél volvía descaradamente las espaldas, se encargó de vapulárselas, haciendo crujir terriblemente sobre ellas el látigo de su indignada y justa cólera. Inmensas turbas del Norte, sin civilización ninguna y ajenas á la Religión de Jesucristo, cayeron cual plaga de langosta sobre campo floreciente, y en poco tiempo lo convirtieron en soledad espantosa. Pero no es mi ánimo reseñar, ni aun á la ligera, el aspecto de este campo europeo; he formulado estas meras indicaciones para declarar que también los bárbaros fueron atraídos por Jesucristo Sacramentado. En esta hermosísima conquista tuvo lugar uno de los prodigios más estupendos que registran los anales de la humanidad. Generalmente los briosos vencedores se imponen siempre á los tristes vencidos y les exigen adoptar sus usos, sus leyes, su religión, al menos como más fuertes; y al lado de las armas como medios represivo-materiales intentan dominar á los demás valiéndose de medios morales. Precisamente Jesucristo intentaba todo lo contrario; quería que los vencidos se impusiesen por su religión, costumbres y leyes á los vencedores; y digo que Jesucristo y no el imperio, Jesucris-

to y no los pueblos osaron conquista semejante; porque el imperio era nada más que un montón de sucios escombros, ya que los pueblos mucho hacían con capitular cuando más; sólo, pues, Jesucristo podía llevar á cabo una obra tan atrevida, tan gloriosa y tan sobrehumana.

Y en efecto; sembrados de ruínas, cubiertos de sombras, respirando anárquica atmósfera los pueblos cristianos, efecto de la irrupción bárbara, se sumergían en ignominioso letargo; era necesario por lo tanto que Jesucristo, en persona de sus fieles ministros, pasase á despertarlos para que entablasen una lucha titánica religiosa y social con los vencedores. Veríais entonces al Papa S. Inocencio reparar en Roma los daños materiales y morales causados por las huestes de Alarico, quien entre otras cosas respetó el Arca Santa de la Nueva Ley á la cual hizo conducir en devota procesión al templo. Veríais á Francia convertida con su rey por las oraciones de Sta. Clotilde. Veríais á España por medio de sus obispos santos imponer sus creencias y su moral á los godos. Veríais al Cáucaso conquistado al Catolicismo por una humilde esclava. Veríais á Abisinia volver al regazo del Salvador mediante las débiles fuerzas de un niño cristiano. Estas famosas conquistas las obró el fuego divino que sale de la Hostia santa á la que llevaban en sus expediciones los fervorosos misioneros. Cristo Jesús Sacramentado entra con S. Patricio en Irlanda, con S. Wilibrordo en Holanda, con S. Auscario en Suecia y Dinamarca, con S. Bonifacio en Alemania, con S. Agustín en Inglaterra, con S. Ciriaco en Bulgaria, con Sta. Adelaida en Polonia, con S. Esteban en Hungría, con S. Otón en Pomerania, con S. León, obispo de Bayona, en las provincias vascas, con los misioneros en todas las regiones donde la barbarie dejó profundas huellas; y á fuerza de trabajos y de sudores y de menosprecios sufridos por parte de los ministros del Altísimo; y á fuerza de milagros, de bondad y de amor sintetizados en apariciones visibles de Jesucristo en la Hostia consagrada, la Europa, esa Europa inundada de terribles bárbaros, fué de nuevo atraída con éstos al redil de la Iglesia

Católica. Jesucristo pudo salir triunfante de todas sus expediciones y pensar ya en la conquista de nuevas almas.

8. La evangélica semilla que, según dejé indicado, sembró el Apóstol Sto. Tomás en las Américas, si bien al principio dió excelentes resultados, empero con el tiempo los efectos de la superstición y del abandono nublaron las ideas puras, y corrompieron las sanas costumbres de aquellos infelices, quedando sólo de ellas pequeños rastros de lo que fueron. Empero Jesucristo, que habíase quedado en el Sacramento del Altar para iluminar desde allí cual brillante sol en pleno cenit la ignorancia de los pueblos incivilizados, no pudo permitir que los salvajes americanos permaneciesen por más tiempo en el error. La caridad perpetua que nos muestra en la Divina Eucaristía produjo la compasión hacia estos pueblos: de ahí que pensara en atraerlos á su amor.

Y en efecto; sería necesario recorrer siquiera en compendio la historia de la conquista del Nuevo Mundo para poder apreciar los excesos del amor de Jesucristo hacia esas gentes. Mas, no siendo esto posible, pues los límites de este discurso lo impiden, ¿qué decir del amor Sacramentado llevado en brazos de Colón por los inmensos mares, depositado en las fecundas tierras que intentó ganar para Jesucristo? ¿Qué de los esfuerzos y de las fatigas y de la constancia de S. Francisco Solano, de S. Luis Bertrán, de S. Pedro Claver, de Fr. Martín de Valencia, del P. Juan Zumárraga por atraer indígenas hacia la Hostia de los altares? ¿Qué de los horribles tormentos sufridos por tanto misionero de diversas órdenes religiosas, por tantos terciarios de las mismas congregaciones, por tantos niños, en obsequio de la fe de Jesucristo y de la Santa Eucaristía? ¿Qué de los héroes y de los santos en las americanas cristiandades, instituidas para convertir á sus paisanos? Los sacrificios sangrientos cesan, los ídolos de oro caen, los paganos sacerdotes son menospreciados; en cambio se levantan altares al Dios del Sacramento, se construyen iglesias, se multiplican los ministros del Santuario, la moral gana, y si para refor-

zar la palabra de los misioneros son necesarias profecías y milagros y mártires en abundancia, todo se admira en aquel mundo, nuevo para la civilización, pero mucho más nuevo para Jesucristo. Sólo N. Señor, llevado en el pecho y en las manos de sus fervorosos ministros, pudo conquistarle.

9. Pero á Jesucristo no le bastan las conquistas del Nuevo Mundo. Aseguró que había de atraer á todos los hombres á sí; mas existían otros hombres y otros pueblos fuera del camino de la salvación; y si su hermosa y categórica profecía debía cumplirse, era imprescindible que su Divino espíritu volase en alas de sus fieles servidores á esas regiones dominadas por la muerte. Pero añado que era Jesucristo Sacramentado quien atraía mediatamente á los infieles, pues si alguien inspiraba á los misioneros la idea de penetrar en países cubiertos de satánica maleza, era Cristo Sacramentado; si se sentían movidos á las excursiones apostólicas, era porque Cristo Sacramentado inflamaba el corazón; si se arriesgaban á acometer empresas tan divinas, era porque el Pan de los fuertes les fortalecía; si notaban en su espíritu el fuego santo necesario para caldearse y abrasar á los demás en Jesucristo, era porque la celeste Comunión se lo encendía diariamente; si triunfaban de los espíritus rebeldes, era porque la santa Hostia les infundía luz, acierto y táctica particular para convertir; y antes de salir al campo de la espiritual batalla celebraban el adorable Sacrificio; y antes de luchar con la obstinación comulgaban el Cuerpo de Jesucristo; y á Éste llevaban en sus pechos, y muchas veces colgado del cuello para recibirle en los trances apurados.

Y, ¿quién podrá describir los resultados, y enumerar los frutos, y contar los infieles atraídos por los misioneros á Jesucristo en las diversas y remotas misiones de la Tartaria, Persia, Tierra Santa, Japón, China, Berbería, Egipto, Etiopía, Congo, Angola, Cafrería, Marruecos, Australia y sus islas cercanas? Los infieles convertidos se cuentan por millones; las iglesias levantadas y los misioneros que las regentan por miles; los mártires por centenares, y la civilización allí desarrollada, indescriptible.

10. Existían innumerables pueblos que, merced á la lujuria, al odio y á la infamia de sus príncipes ó de sus revolucionarios, habían apostatado como éstos de la Religión Católica. Era, por lo tanto, indispensable reducirlos de nuevo á la iglesia; y Jesucristo comienza de nuevo respecto de esas tristes gentes su influjo de atracción divina. ¿Será necesario que ríos de sangre corran por las plazas protestantes, calvinistas ó sectarias? Jesucristo derramó antes la suya por todos los hombres, y no titubea derramarla nuevamente, en persona de sus ministros; y por más que las cruces, y las hogueras y los potros se sucedan en Inglaterra, en Alemania y en Oriente para crucificar, para abrasar y despedazar respectivamente los cuerpos de los santos evangelizadores, ¿qué importa? Las cruces ostentarán desnudos cadáveres, las hogueras mostrarán amontonadas cenizas, los potros enseñarán masas informes de carne, y el suelo exhibirá sangre empapada; pero Jesucristo ha logrado reducir á sí millones de herejes que se convirtieron y siguen convirtiéndose, efecto de la predicación y los trabajos de los misioneros.

No; la obra de Lutero y de Enrique VIII y de Isabel la sanguinaria es temporal, muy temporal; su influjo, por consiguiente, ha de cesar, ha de desaparecer, porque Jesucristo Sacramentado ejerce su poderoso influjo de atracción sobre los herejes ingleses y alemanes y orientales; y hoy mismo vemos con placer como esa Inglaterra, que gasta anualmente 50 millones de francos en la propagación de las sociedades anglicanas y otros muchos millones más en la dotación de sus ministros y en la profusión de biblias, va abandonando aunque lentamente el protestantismo; y ahora mismo el rey de esa nación no tendrá en adelante el deber de profesar el protestantismo, lo cual es un gran triunfo para la causa católica, como es una irreparable pérdida para la reforma. Y es que los esfuerzos protestantes se debilitan ante la obra de Jesucristo; y es que los trabajos de la reforma se estrellan contra los trabajos de los misioneros católicos, ya que en éstos reside la Vida, que es Cristo